

de un rito cualquiera sin disminuir el número de personas que lo practican.

Las verdades científicas no son simpáticas al vulgo. Los pueblos viven de mitología: buscan en la fábula todas las nociones indispensables a su existencia. No es mucho lo que desean, y algunas humildes patrañas bastan para dorar millones de vidas. La verdad no encuentra buen acogimiento entre los hombres; y sería una desdicha que lo encontrara siendo, como es, tan opuesta a su genio y a sus intereses.

—Señor Bergeret: discurre usted como los griegos—dijo el señor Leterrier—; formula sofismas deliciosos, y sus razonamientos parecen modulados en la flauta de Pan. Sin embargo creo con Renan; creo con Emilio Zola, que la verdad lleva en sí una fuerza penetrante de que no gozan el error ni la mentira. Digo: la verdad, y me comprende usted, sin más explicaciones, porque las hermosas palabras Verdad y Justicia bastan, sin definirse, para expresar perfectamente su exacto sentido. Tienen por sí mismas una belleza que resplandece y un fulgor celestial. Creo en el triunfo de la Verdad, y esto me sostiene y me anima para resistir las pruebas a que ahora me hallo sometido.

—Me complacería que acertara usted, señor mío—dijo Bergeret—. Pero, en tesis general, las ideas que nos formamos de los hechos y de los hombres, rara vez estarán de acuerdo con